

TEATRO

1er. LUGAR

A lo mejor todavía

(tránsito teatral en un acto)

por Daniel González Dueñas*

para Lourdes y Edgar

FUENTES:

citas directas: Jean Paul Sartre, *La Náusea*, 1938 (Voz masculina)

otros autores citados: Yeats, Píndaro y Blas Goñi.

Ya antes de nacer los augustos hermano y hermana conocieron el abrazo nupcial en la morada del vientre materno, donde por cierto reinaba tanta oscuridad y lubricidad como en la casa de la lengua, o en la hondura de los pantanos. Pero la oscuridad es sagrada, y una unión que se inspira en semejante prototipo es extremadamente considerada a los ojos de los hombres. (. . .)

Thomas Mann, 1936

Todos hemos vivido en la infancia una experiencia de cuya pérdida no nos consolaremos nunca. Podemos negarla, pero no podemos consolarnos, y quizá solo por eso la negamos. Esta experiencia es la del reconocimiento. El mundo maternal es el mundo del reconocimiento. (. . .) Un niño abandonado llora cuando tiene hambre, le llora al mundo, le pide tela al mundo. (. . .) Para el niño todavía no es verdad que "obras son amores". Se siente reconocido en su ser, sin tener que pasar por el rodeo del hacer.

Después, este mundo se quiebra. (. . .) (El niño descubre) que detrás de ese mundo originario hay otro, donde para ser reconocido no es lícito mostrarse, sino que tiene que demostrarse; donde para mostrar cómo se es no es válido desnudarse, sino escoger las formas de vestirse: vestirse más y más; donde se le piden (en lugar de dársele) cartas de identidad; donde el amor debe ser perseguido en lugar de salir a su paso; donde hay que darse a conocer y donde un margen separa siempre esta mostración de su reconocimiento. Es un mundo de orfandad, el mundo donde "nunca nadie es reconocido" (Camus), el mundo del "malentendido". El hijo del amor ha perdido su origen. (. . .)

Tomás Segovia, 1965

*Alumno de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

PERSONAJES:

ANNY, muchacha de 15 años, delgada, hermosa, de mirada intensa y cabello largo:

AMBROSIO, su hermano, de 17 años, alto, de aspecto enfermizo.

La época es indefinida, aunque ciertos elementos de vestuarios y utilería sugieren los años treinta.

ACTO UNICO

El escenario totalmente a oscuras. se escucha, muy leve al principio y en aumento, un rumor de viento apagado. Mientras se va iluminando muy gradualmente el espacio escénico, se escucha la siguiente voz masculina, reposada, honda, no impostada:

VOZ:

¿Es ésto la libertad? A mis pies los jardines descienden blandamente hacia la ciudad, y en cada jardín se levanta una casa. Veo el mar, pesado, inmovil; veo la ciudad. Hace buen tiempo. (PAUSA LARGA) Soy libre: no me queda ninguna razón para vivir; todas las que probé aflojaron, y ya no puedo imaginar otras. Todavía soy bastante joven, todavía tengo fuerzas bastantes para volver a empezar. Pero ¿qué es lo que hay que empezar? (PAUSA) Mi pasado ha muerto. Estoy solo en esta calle blanca bordeada de jardines. Solo y libre. Pero esta libertad se parece un poco a la muerte.

El escenario se ha iluminado por completo: una luz blanca y muy difusa, fría, un cuarto blanco, sin adornos. Las dos paredes laterales tienen una puerta cada una. La pared del fondo tiene dibujado un diseño de bien tamaño, con las siguientes características: se ve un pasillo en perspectiva que parece terminar al fondo, en una puerta negra a medio abrir. El piso de este pasillo está formado por mosaicos alternativamente blancos y negros. El panel de los mosaicos está diseñado de tal forma que moviendo desde atrás pequeños fragmentos deslizables, se descubren por delante dibujos de pisadas que aumentan de tamaño de arriba hacia abajo (aparecen acercarse por el pasillo): en los mosaicos negros, la huella que aparece es blanca, y al contrario el diseño de la huella es de tal forma que pueda a la vez funcionar como pasos que se acercan y pasos que se alejan. Este efecto de un personaje invisible que se acercara o alejara por el pasillo, se usará más adelante.

En el centro del cuarto, un poco a la izquierda, una cama de hospital con mantas desgastadas y revueltas. El único elemento escenográfico restante es el de cajas de cartón, grandes. Contienen otras cajas del mismo material, una dentro de otra en tamaño decreciente. Son lisas y sin ningún rótulo.

Un poco después de terminar la voz, se escuchará acercarse a Anny . Lleva el cabello recogido tras la nuca, blusa y falda austeras, un delantal con bolsas, sandalias. Lleva un manojo de cartas en la mano.

ANNY:

(Desde afuera) ¡Ambrosio! ¡Ambrosio! (entra por la puerta de la izquierda) Ambro . . . (se da cuenta de que el cuarto está vacío) . . . sio. (va hacia la otra puerta, trata de abrirla. No lo consigue: está echado el cerrojo. toca) Ambrosio . . . ¿estás ahí? Han llegado noticias . . . (no hay respuesta) ¿Ambrosio? (oye atentamente pegando el oído a la puerta. desiste) Bah, es inútil. (mira las cartas. Examinándolas, va hacia la cama, se acuesta en ella boca abajo) Mamá escribe desde el extranjero. Está en . . . (mira el sobre) . . . El Cairo Manda saludos dice que hace un terrible calor. Dejaré las cartas sobre la cama, para que las leas cuando quieras. . .

Anny espera un momento. No hay respuesta. Se baja de la cama, va hacia la puerta de la izquierda, y en el trayecto parece ocurrirle algo. Maliciosa, llega hasta la puerta que había quedado abierta, toma la perilla y le dá un cerrón sin haber salido. Espera. inmóvil y callada, mirando la puerta de la derecha. Nada sucede. Anny se desespera.

ANNY:

Eres odioso, ¡jamás caes en mis trampas! ¡pareces conocerme muy bien!

Anny sale dando un portazo.

El escenario permanece vacío durante un momento. Luego, se escucha una música lenta que a partir de ahora se identificará con la voz masculina que oímos al principio, y que comienza un poco después:

VOZ:

Hoy mi vida llega a su fin. Mañana habré dejado esta ciudad que se extiende a mis pies, donde viví tanto tiempo. Ya no será más que un nombre, rechoncho, burgués, muy de ciudad, un nombre en mi memoria, menos rico que los de Florencia o Bagdad.

(Pausa larga) Llegará un día en que me pregunte: “Pero, cuando estaba en la ciudad ¿qué podía hacer durante todo el día?” (Pausa) y de este sol, de esta tarde, no quedará nada, ni siquiera un recuerdo.

Silencio. se oye el sonido del cerrojo de la puerta de la derecha al descorrerse abre la puerta, sale Ambrosio. Lleva una bata sucia y descosida, la barba adolescente descuidada. El pelo revuelto, una pijama sucia y pantuflas viejas. Sin vacilar, va hacia la otra puerta y la asegura con una llave que lleva atada a a la muñeca. Luego, se recarga en la puerta, sonrío. A pesar de su palidez enfermiza y aspecto delgado, hay un brillo intenso en su mirada. Sus rasgos son finos, y a pesar de todo, guardan relación con los de Anny.

Ambrosio camina hacia la cama con paso cansado. Va a recostarse, como si sus movimientos anteriores hubieran sido demasiado para él, pero su mirada encuentra las cartas que Anny ha dejado sobre la cama. Toma la que Anny leía: Varios pliegos de papel repletos de una intrincada caligrafía. Durante un momento lee con indiferencia. Poco a poco va sonriendo. Y termina por reír a carcajadas. Aguantando a duras penas la risa, lee en voz alta:

AMBROSIO:

“Hace buen tiempo, brilla el sol como una margarita. El occidente limpio de nubes anuncia que el buen tiempo continuará toda la temporada. Está mal el día, el tiempo está lluvioso. Hace mucho frío. Llueve a cántaros. Ha estado lloviendo toda la noche. Hiela. Está el tiempo de nieve, está nevando. Algunos han visto caer piedras del cielo. Arrecia el viento. Relampaguea y truena, y mi paraguas se ha estropeado por la arena que es como vidrio molido.”

Ambrosio rompe a reír de la última frase, que repite entre carcajadas que lo sofocan y parecen agotar más aún. Cuando calma un poco, continúa:

AMBROSIO:

“Hace tanto frío que se han helado el agua y el vino. ¡Venció el sol al viento norte! Esta casa en que me encuentro está en invierno soleada y en verano cubierta por las sombras. En la mañana hubo primavera; ahora que me siento a escribir es de tarde, y ha comenzado el otoño. En la noche volverá el invierno insoportable”.

Ambrosio le dá otro acceso de risa. Se oyen golpes en la puerta de la izquierda, desde afuera. La perilla se mueve. Ambrosio ríe haciendo una parodia de lo que ha leído.

ANNY:

(Desde afuera) ¿Ambrosio? ¡Ambrosio! ¿qué pasa? ¿estás bien? ¡abre!

Anny golpea en la puerta con mayor fuerza. Bruscamente, Ambrosio deja de reír. Grita:

AMBROSIO:

¡No! ¡No abriré! ¡Estaré encerrado hasta morirme de hambre! (golpes desesperados en la puerta) ¡Cállate! ¡Cállate! ¡Déjame en paz!

Como los golpes continúan, Ambrosio se levanta de la cama, enfurecido. Toma cajas y las lanza hacia la puerta. Estas se estrellan con estrépito apagado, y algunas se abren dejando ver las cajas de menor tamaño que tienen dentro. Los golpes cesan. Ambrosio se deja caer en el suelo de rodillas, agotado. Mira las cartas que han caído y a gatas las va reuniendo. Con movimientos indiferentes al principio y desquiciados al final, saca las cartas de los sobres y va haciendo una gran bola con ellas. Se levanta trabajosamente y sale por la puerta de la derecha (el baño). Deja la puerta abierta. Se escucha varias veces el ruido de correr el agua por un retrete, hasta que este sonido nos hace entender que la cañería se ha tapado. Ambrosio grita desde ahí:

AMBROSIO:

¡Se tapó el caño! ¡El agua negra se desborda y encharca el piso! ¡Anny! (Pausa. Continúa el sonido del agua Ambrosio vuelve a gritar desgarradoramente:) ¡ ¡ ¡ AAANNYYYYY!!!

Se hace el silencio. El último sonido de agua se mezcla con la música que acompaña a la voz masculina que ya hemos oído al poco tiempo entra esta VOZ:

VOZ:

Toda mi vida está detrás de mí. La veo entera, veo su forma, veo los lentos movimientos que me han traído aquí. (Pausa larga) Hay pocas cosas que decir de mi vida; una partida perdida, eso es todo. Hace ya tanto que entré en esta ciudad, solemnemente. Había perdido la primera vuelta. Quise jugar la segunda, y también perdí: perdí la partida. Al mismo tiempo, supe que siempre se pierde. Solo los ilusos creen ganar. Se pierde un poco más, un poco menos. Ahora voy a hacer como los ilusos: me sobreviviré. Comer, dormir. Dormir, comer. Existir lentamente, dulcemente, como esos árboles, como un charco de agua, como el asiento rojo del tranvía.

Un poco después, termina la música suavemente en la pared del fondo, en el panel del dibujo de la perspectiva del pasillo, se descorren rápida y entrecortadamente los fragmentos que develan las huellas, de tal manera que estas van apareciendo de golpe, una a una, como si en realidad alguien que no podemos ver caminara hacia adelante dejando solamente las huellas de sus zapatos. Este efecto se subraya con un sonido muy nítido, agudo, reverberante, de pisada, cada vez que se ve aparecer una huella. Una vez que el personaje invisible llega hasta "adelante", el sonido de la última pisada resuena vivamente.

Se mezcla a este último sonido otra música (se sugiere el canto de los adolescentes, de stockhausen).

Hay un cambio casi imperceptible en la luz general, que era blanca y ahora se colorea de un tenue amarillo. Anny golpea suavemente desde afuera la puerta de la izquierda.

ANNY:

Ambrosio . . . ¿qué haces?

Se escuchan sonidos de agua encharcada que se remueve y golpea levemente. Ambrosio contesta desde el baño, fuera de la vista del público aún, con un tono profundamente infantil sereno, indiferente.

AMBROSIO:

Estoy jugando un partido de pelota.

ANNY:

(Animándose un poco) ¿Y quién gana?

AMBROSIO:

¿Quién gana? Yo pierdo; el partido es desigual.

ANNY:

Si quieres, jugaremos a las cartas, como antes . . .

AMBROSIO:

¿A cuánto?

ANNY:

A par o non, a las tablas o a las adivinanzas. ¿Quieres?

AMBROSIO:

¿No sabes jugar al ajedrez?

ANNY:

No me gusta . . . (Soñadora) Me gusta más correr.

AMBROSIO:

Entonces juguemos a la pelota.

ANNY:

¡Ni pensarlo! Sabes que me canso muy pronto . . .

AMBROSIO:

¡Yo soy el enfermo! ¡Se supone que debes consentirme.

ANNY:

(Sería de pronto) El trabajo de la casa me agota; últimamente no he estado bien. (Muy bajo:) Me siento sola.

Ambrosio sale del baño. Tiene los pies mojados y deja un rastro en el suelo. Mira fijamente a la puerta de la izquierda.

AMBROSIO:

¡Vayamos de paseo, como antes! Hace tanto que no salimos . . . tú me tomarás de la mano y me irás enseñando los lugares . . . (se va iluminando, como mirando lo que enumera) . . . la laguna, el bosque, la gran carretera que va a la ciudad . . . la floresta donde la tierra se viste de flores y canta suavemente el ruiseñor . . . ¡qué hermosura!

ANNY:

También transformada, sin el tono autocompasivo) ¡Sí! y si quieres, nos sentaremos a fumar a escondidas la pipa del abuelo bajo un manzano.

AMBROSIO:

(Sonríe mirando a lo lejos, pero de pronto piensa algo y vuelve a clavar los ojos en la puerta) ¿A . . . escondidas? ¿A escondidas de quién?

ANNY:

Abre, Ambrosio . . . iré por la pipa y saldremos de paseo, pero déjame entrar . . .

AMBROSIO:

(Receloso) ¿No me engañarás, como siempre? Apenas te abro irrumpes en el cuarto y me amarras a la cama.

ANNY:

No, no te engañaré te lo juro.

AMBROSIO:

Mira la llave que cuelga de su muñeca, y titubéa.

ANNY:

Abre, Ambrosio, confía en mí.

Ambrosio se acerca a la puerta lentamente, haciendo a un lado con el pie las cajas que obstruyen el camino. Se detiene ante la puerta y sigue titubeando. Mete la llave en la cerradura y aún tarda en decidirse a darle la vuelta. de golpe, lo hace. Anny abre y entra vertiginosamente, pateando cajas eufórica. Lleva las manos en las bolsas del delantal. Termina la música.

ANNY:

(Disparando las palabras) ¿Iremos a pie, a caballo, en coche, en bicicleta o en automóvil?

AMBROSIO:

(Se deja llevar por el tono) Montemos a caballo, ¿sí? Hace tanto tiempo que . . .

ANNY:

(Interrumpe, entusiasmada) ¡Mi caballo es ligerí—si—mo! Obtuvo el primer premio en el concurso hípico.

Ambrosio, travieso, cae de rodillas frente a Anny y le toma uno de los pies. Examina la suela y hace un gesto despectivo.

AMBROSIO:

Pero ¿quién lo ha herrado tan mal?

ANNY:

(Se escabulle, se mira los pies y las manos) Mentira, lo que pasa es que la arena gasta las herraduras, es como vidrio molido.

Ambrosio se le queda mirando y se ríe. Anny se coloca a gatas en el suelo.

ANNY:

Favor de abordar el coche. El paseo está por iniciarse.

Ambrosio se monta en ella. A partir de este momento, usan una gran riqueza y variedad de tonos y actitudes. El ritmo debe ser muy acelerado, muy vivo, con marcados cambios y matices.

AMBROSIO:

Deseo un boleto de primera.

ANNY:

¿De dónde viene usted? ¿A dónde quiere ir?

AMBROSIO:

Vengo de la ciudad, trabajo en la fábrica y la jornada ha terminado. Quiero ir a mi casa, como todas las noches. Mi mujer me debe estar esperando con la sopa caliente y mi par de buenas pantuflas ante la chimenea. Además, quiero llegar antes de que mis hijos se duerman.

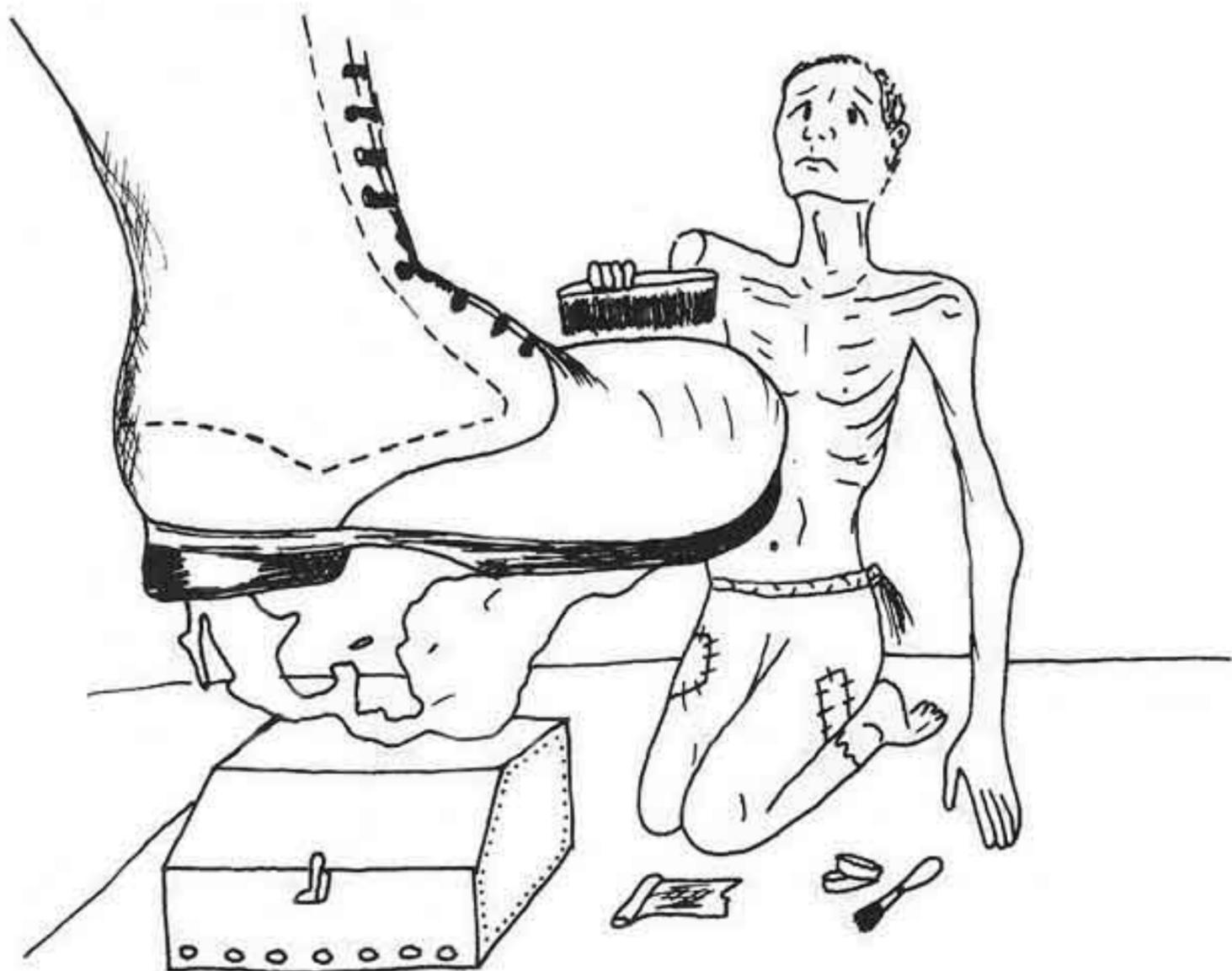
ANNY:

¿Tiene uste hijos pequeños?

AMBROSIO:

Oh, sí, dos hermosos pimpollos, un varón y una damita que han heredado los ojos de su madre y mis manos . . . (se las mira con satisfacción) . . . manos duras, dispuestas tanto para golpear como para acariciar . . .

Anny se echa de bruces al suelo, y Ambrosio mima seguir "sentado" en ella sin darse cuenta de que ya no tiene soporte al tiempo que Anny habla, Ambrosio se da cuenta y es hasta entonces que cae al suelo rodando sobre la muchacha.



ARUNO.
SOS... AMERICA LATINA

ANNY:

¿A qué hora sale el tren?

AMBROSIO:

(Aprovecha su impulso al caer y termina a gatas) ¡Ahora mismo! ¡Señores pasajeros, al tren!

ANNY:

(Se coloca a gatas de nuevo) ¡Adiós! ¡Buen viaje! ¡Adiós!

Se inicia una música rítmica y acelerada. Ambos comienzan a producir una hilarante secuencia de sonidos de ferrocarriles. Viajan en círculos por la habitación. A veces pasan por encima o por debajo de la cama, a veces están a punto de chocar y se esquivan haciendo cabriolas acrobáticas. Lanzas las cajas a su paso. No se notan en lo absoluto débiles o enfermizos: se transfiguran, en un momento dado dan dos vueltas contrarias y sin darse cuenta se dirigen uno hacia el otro mirando el piso. Parece que van a chocar irremisiblemente, pero un segundo antes del impacto se detienen, a un par de centímetros de distancia. Al hablar, levantan la cabeza y la vuelven a bajar al terminar, y luego adoptan posturas como muñecos mecánicos que se animaran sólo al decir su parlamento.

ANNY:

¿Cómo se llama esta estación?

AMBROSIO:

Es la estación de Bouville, señora.

ANNY:

Ah, qué bien. . . Aquí me quedo. Haga favor de bajar mi equipaje.

AMBROSIO:

¿Cuántas maletas son?

ANNY:

Catorce, más el secretér.

AMBROSIO:

Inmediatamente.

ANNY:

(Suspira) Casi llegaré antes que mi última carta.

AMBROSIO:

El servicio de correos está muy despejado en esta época de año. ¿Vive usted en esta localidad?.

ANNY:

Oh, sí, en la casa de la colina. Usted debe haberla visto, esa hermosa mansión de antepechos dorados y fresnos en el jardín.

AMBROSIO:

Claro que la conozco, todos en la ciudad la conocen. Pero ¿qué, no está deshabitada?

ANNY:

He estado de viaje, ¿sabe? Mis hijos, sanos y robustos, me esperan ahí, en la flor de su juventud y lozanía.

AMBROSIO:

¿Su señor esposo vive con ellos?

ANNY:

Me temo que no. Murió hace tiempo.

AMBROSIO:

Lo lamento, señora. Sus hijos estarán felices de tenerla de vuelta.

ANNY:

He estado fuera tanto tiempo . . . tal vez ya ni se acuerden de mí.

AMBROSIO:

(Transición, rueda por el piso) ¡Hemos llegado a Bouville, Bou-vi-llé!

ANNY:

(Asumiendo otro personaje) ¿Bouville, ha dicho usted? ¿Estamos en el puerto? Embarquémonos!

AMBROSIO:

(Soñador) ¡Cuándo podremos hacer un viaje en aeroplano!

Se miran y ríen. Han quedado tirados en el piso, así que levantan la cabeza para mirarse entre las cajas diseminadas por el lugar. Transición. De un salto suben a la cama. Anny se sienta en el lugar de la almohada, mientras Ambrosio se pone de pie en el otro extremo.

AMBROSIO:

¡Señor Segundo de a bordo!

ANNY:

(Brinca y se para detrás de Ambrosio) ¡Sí, capitán!

AMBROSIO:

Arrien todas las velas, la tormenta se avecina.

ANNY:

A la orden, capitán.

Anny hace una pirueta y cae en la cama. Se mete bajo las sábanas y hace mucho alboroto mientras Ambrosio se tambalea como movido por el vaivén del mar. Como Ambrosio tiene las piernas abiertas, Anny asoma de pronto por ahí, surgiendo de las mantas. Su cabello, recogido antes tras la nuca, se ha soltado dándole un nuevo aspecto y resaltando su belleza.

ANNY:

¡Capitán!

AMBROSIO:

No tiene que decírmelo: la tormenta arrecia.

ANNY:

¿Qué haremos?

AMBROSIO:

¡A los botes salvavidas! ¡Yo permaneceré en la nave me hundiré con ella!

Ambrosio se tambalea. Anny desaparece de nuevo entre las mantas y la vemos bajar de la cama deslizándose con una sábana en la que se enreda, ya estando en el suelo. Ambrosio hace un gesto de determinación, y se deja caer de espaldas, como una tabla. Queda acostado en el lecho.

AMBROSIO:

Es deber de todo almirante correr el mismo destino de su nave.

Envuelta en la sábana, Anny se levanta y acerca a Ambrosio. Asume otro personaje diferente: La sábana es como una túnica griega.

ANNY:

(Académica) ¿Cómo sigue el enfermo?

AMBROSIO:

Se agrava la enfermedad.

ANNY:

(Examinando a Ambrosio como un muñeco) ¿Ha sido herido en la cabeza? ¿Tiene mal en los pies? ¿Acaso le duele el estómago?

AMBROSIO:

(Aún examinado por Anny) No, la enfermedad que lo aqueja es peor aún. Le vino una fiebre violenta. De pronto comenzó a ver terribles imágenes, como cuerpos que se salían de sus sueños y que no se desvanecían cuando despertaba. Sintió que el mundo estaba poblado de monstruos.

ANNY:

(Deja de moverlo, se aleja) Pues si tiene fiebre, ¡adiós enfermo! Pero yo aún no entiendo la naturaleza de su mal. Lo he examinado con extremo cuidado, y está sano para mí.

Mientras Ambrosio dice el siguiente parlamento, Anny va haciendo una danza muy lenta, desde lejos y acercándose al lecho, usando la sábana como un velo. La música va cambiando, y vuelve a ser lenta, dulce también la luz va cambiando paulatinamente, oscureciéndose el cuarto muy lentamente, y quedando solo iluminada la cama sin luz directa, como una penumbra apenas menos oscura que el resto. Como una imagen fosforescente.

AMBROSIO:

Cuando cayó enfermo y creyó próximo el fin de su vida, quiso que estuvieran presentes sus dos hijos. Y les dijo: "Cuando yo muera, no coloquéis mi cuerpo en sepulcro de oro ni de plata. Dejadme a la luz de la luna para que ella embalsame mi cuerpo. Dejadme a los cuervos para que mi carne pronto vuelva a la vida. Sembrad mis ojos debajo del musgo suave de la colina para que pueda velar por vosotros cuando corráis jugando por el mundo. Y olvidadme. No crucéis una sola palabra de duelo por mí; celebradlo, haced una gran fiesta, ¡arrancadme mis dientes de oro y los de marfil para pagarla!"

En su danza, Anny ha llegado muy cerca de ambrosio y lo mira, desde detrás de la cabecera. Su cabello cae hacia el rostro de Ambrosio, que la observa arrobado.

AMBROSIO:

(Muy bajo) Eres hermosa.

ANNY:

(Igual, sin énfasis) Soy la muerte.

AMBROSIO:

Nunca pensé que fueras tan joven, tan hermosa. ¿Ha llegado mi hora?

ANNY:

Sí. En un momento besaré tus labios y vendrás conmigo. Antes de ofrecerme tu último aliento, ¿deseas algo?

AMBROSIO:

No. Bésame.

Anny rodea la cabecera y se sienta a su lado. Se acerca lentamente y lo besa en los labios, levemente. La música se diluye hasta desaparecer. El beso se prolonga. Ambos cierran los ojos como independientes de él, las manos de Ambrosio, que había permanecido inmóvil, se levantan y tocan suavemente a Anny, manteniéndola contra sí. Poco a poco, surge la pasión, el beso se intensifica. Ambrosio comienza a atraerla hacia sí con fuerza creciente cuando está a punto de atraerla con fuerza Anny abre los ojos, espantada, y se aleja haciendo fuerza. En ese momento termina súbitamente la música se escuchan claramente las pisadas resonantes. Anny se queda muy quieta, escuchando. Se hace el silencio. Cae la sábana que cubre a Anny. Ambrosio vuelve a cerrar los ojos y queda inmóvil. Anny queda como estupefacta, profundamente turbada. Mira a Ambrosio, cuando éste habla, primero muy bajo y luego vehementemente.

AMBROSIO:

¡Muero a los diecisiete años y un mes de edad ! Muero y no he visto de dónde me muero. Me voy sin haber llegado. Claro, he vivido más que muchos otros, pero ¿cuál es la diferencia?
¡Un infante sabe del mundo más que yo! ¡Me muero de inocencia, me muero de virginidad!

Anny trata de mantener el tono del juego serio, impersonal.

ANNY:

Nadie supo con exactitud cuál era su enfermedad. De pronto, su padre había muerto y él tenía accesos de locura. Había que amarrarlo a la cama, mantenerlo encerrado en su cuarto, no se sabía bien por qué.

AMBROSIO:

Conocí a muchos que nacieron ancianos, y que fueron rejuveneciendo a medida que pasaron los años. Mi padre fue uno de ellos. ¡Yo me llevo a la tumba el lastre de este cuerpo que no conocí, que me ardía todo el tiempo con esta sed incomprendible!

Ambrosio ha terminado gritando, retorciéndose en la cama y adoptando una postura fetal, en la que queda inmóvil.

ANNY:

Ha muerto. Y en el fondo lo envidio porque la juventud fue su guardia de honor, y lo odio, lo odio profundamente, porque me ha dejado sola.

Anny vuelve al tono del juego animado:

ANNY:

Alcanzó la más suave de las muertes, y mostró hasta el último momento la energía jovial de su alma. (Pausa) Voy a avisar de su muerte por telégrafo. (Piensa) ¿Habrá telégrafo en El Cairo? Su pobre madre va a estar muy afligida.

De golpe, Ambrosio se medio incorpora en la cama y habla febril, jugando. En este momento vuelve la luz general original.

AMBROSIO:

¡Descansen para siempre en paz por la misericordia de Dios las almas de los fieles! Amén!

Se deja caer como un muñeco y queda inmóvil. Anny toma la sábana con que jugaba y lo va amortajando con ella. Le deja fuera las manos y los pies, y con unas correas sujetas al armazón de la cama. Lo ata: pies y manos. mientras hace esto, recita solemne, pero con una rabiosa ironía:

ANNY:

“Con la unción de tu óleo y de los sacerdotes, oh Amador de los hombres, toca a tus siervos; santifícalos desde lo alto; libralos de sus temores y de sus lágrimas; y pondera sus esfuerzos por apagar su dolor; lava las manchas de sus almas, mitiga sus trabajos; echa fuera sus peligros y desvanece sus aflicciones; tiende Tu mano sobre ellos y purifica en la hornaza sus escorias y separa el material impuro. Restituye a tus jueces como eran antes y a tus consejeros como al principio y llama a su ciudad, entonces, ciudad de justicia, ciudad fiel”.

Anny coloca con ternura la almohada bajo la cabeza de Ambrosio. Lo mira un momento y lo besa suavemente en los labios. Luego, calladamente, va a la puerta. Desde ahí le dice:

ANNY:

(Bajo) Mañana saldremos de paseo, Ambrosio. Mañana. Te lo prometo.

Cierra tras de sí. Comienza la música que se identifica con la voz. Se escucha ésta un poco después.

VOZ:

Se me concede aún una corta tregua. Pero sé que la náusea volverá: en mi estado normal. Sólo que hoy mi cuerpo está demasiado agotado para soportarla. También los enfermos tienen afortunadas debilidades que les quitan, por algunas horas, la conciencia de su mal. Ya no recuerdo cómo vine a esta colina. ¿Qué me llamó? Dentro de un rato me encontraré al pie del acantilado; alzando la cabeza podré ver iluminarse a lo lejos las ventanas de estas casas que están tan cerca. A lo lejos. Sobre mi cabeza. Y este instante, del que no puedo salir, que me encierra y me limita por todos lados, este instante del que estoy hecho, será un sueño borroso.

A medida que ha avanzado este texto, la luz ha ido decreciendo lentamente en intensidad hasta llegar a la oscuridad total. La música ha comenzado a ser obsesiva, punzante. Queda una luz sobre el rostro de Ambrosio, no directa sino difusa, una mancha de luz sin contorno preciso, blanquecina.

Ambrosio va despertando lentamente.

AMBROSIO:

(Suave, susurrante) Madre, ¿me contarás otro cuento antes de apagar la luz? No te vayas aún. Las ataduras están apretadas. De aquí a que consiga romperlas pasarán días, tal vez meses enteros. (Pausa) No te vayas, mamá, ya no soy fuerte como antes, pero te ayudaré en lo que pueda . . . (Pausa larga: su angustia crece) Madre, ya no oigo las campanas, ya no las oigo . . . ¿qué pasa? ¡Madre! ¡Madre!

La luz sobre su rostro se apaga, al tiempo que se enciende otra, esta vez directa y amarilla. En proscenio (o en la zona de butacas, a elección del director). En esta zona Anny está sentada. Usa ahora un vestido holgado, estampado, infantil. Tiene un periódico deslavado en las manos. Está descalza y su cabello está suelto.

La zona de Ambrosio permanece en total oscuridad.

ANNY:

Ambrosio . . . estoy leyendo en los periódicos de la mañana, y hay una caricatura (RIE) . . . es tan graciosa . . . se trata del ministro de la guerra en la primera plana. Su mano se ha convertido en un gran caimán que se abalanza sobre su garganta y se la lame suavemente. En cualquier momento dará la mordida. Si vieras, es tan gracioso . . . y ésto otro, escucha; el El Cairo se ha desatado una ola de crímenes al estilo de Jack el Destripador. La última víctima es una señora de edad, de vestimentas elegantes, que hablaba mucho y parecía interesada en las viejas librerías y los bazares . . .

AMBROSIO:

(Desde lo oscuro, grita;) ¡Anny!

ANNY:

. . . fue encontrada con una cobra anudada en el cuello. (con una mueca voluptuosa) ¿No es fascinante? (Pausa) El ministro de la guerra declara: “Tenemos que pelear de todos los modos posibles por la libertad . . .”

AMBROSIO: ¡Annyyy!

ANNY:

“ . . . es propio de hombres valientes, cuando sufren alguna injusticia, dejar la paz por la guerra, y cuando es tiempo oportuno, dejar la guerra para volver a la paz . . .”

AMBROSIO:

¡ANNYYYY!

ANNY:

“ . . . el enemigo al que nos enfrentamos es valerosísimo, se rodea de un foso donde quiera que acampa. Pelea la guerra santa. Más no temáis: con la ayuda de Dios los venceremos pronto”.

AMBROSIO:

¡AAANNYYYYYYY!

ANNY:

(Malévola) ¿Sabes qué, Ambrosio? Me gustaría que nos llegara otro periódico. ¡Este ya me lo sé de memoria!

Se apaga la luz de Anny en el mismo momento en que Ambrosio grita de nuevo. También en este momento se enciende la luz general del escenario. Ambrosio se incorpora de golpe, como despertando de un mal sueño. Ha cambiado: la barba está más acentuada, al igual que sus ojeras. En las muñecas y en los tobillos tiene restos de las ataduras roídas y salpicadas de sangre. Las mira como en un sueño. No parece recordar cuando se ha soltado. Se nota extremadamente débil. Casi arrastrándose baja la cama. Cuando trata de sostenerse de pie, cae al suelo. Se arrastra lentamente hacia el baño. la puerta se cierra tras de sí, y se escucha el cerrojo al correrse.

Desde el momento en que Ambrosio veía extrañado sus ataduras cortadas, comienza a escucharse la voz masculina:

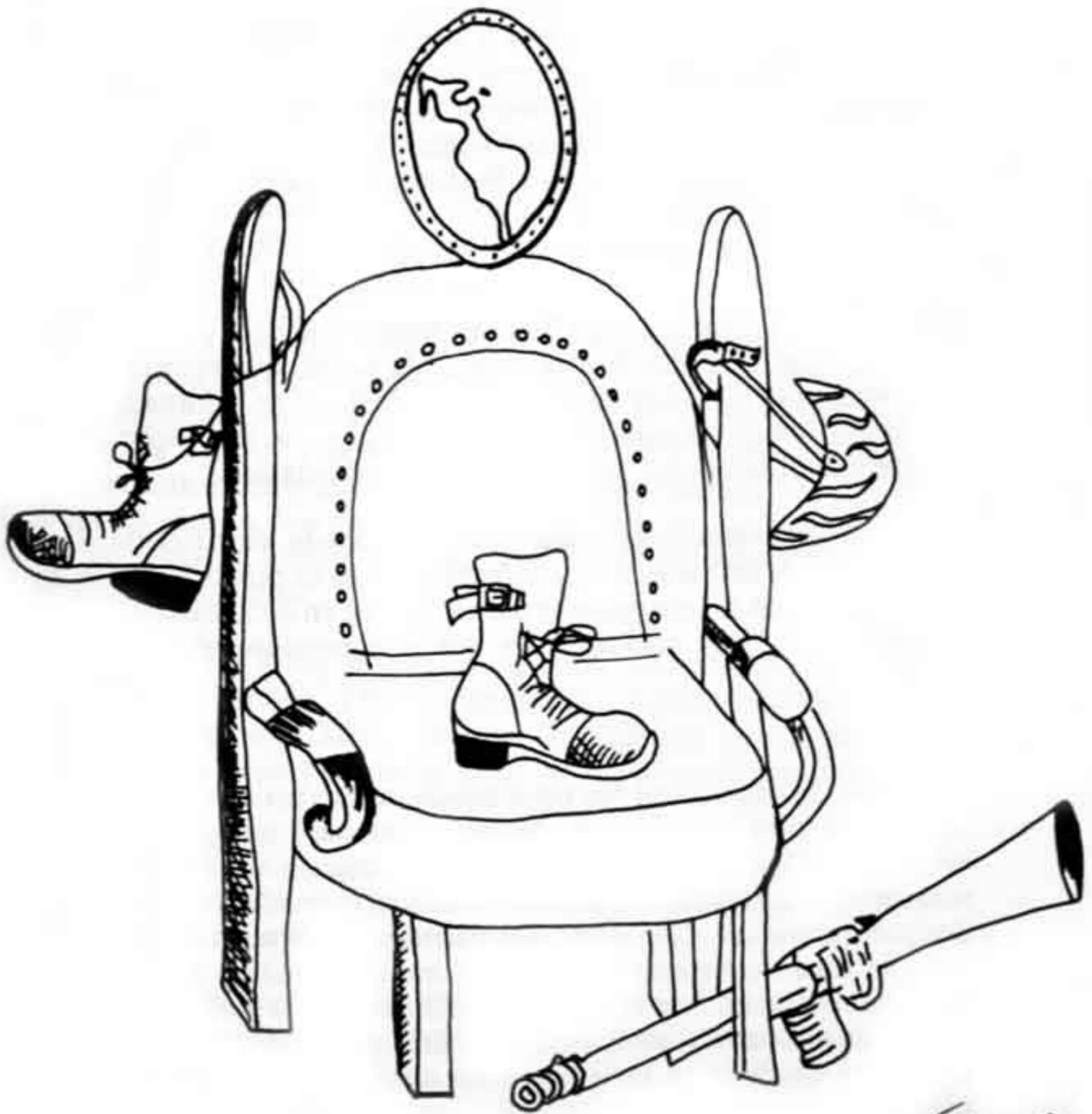
VOZ:

Miro a mis pies el centelleo gris de la ciudad.
Bajo el sol, es como montones de conchas, huesos astillados, basura reluciente. Perdidos entre esos restos, minúsculos resplandores de vidrio o de mica lanzan con intermitencias luces ligeras. Dentro de una hora seré uno de esos hombrecitos negros que distingo en la calle del centro, de paso hacia sus hogares tibios y callados, cargados de paquetes y poniendo la mano como viscera para defenderse del oblicuo sol.

La escena permanece vacía unos instantes. Se escucha a Anny acercarse. Entra por la izquierda, exitada, lleva un manejo de cartas en la mano. Viste como en la primera escena. Habla antes de entrar. (Lleva el cabello recogido tras la NUCA).

ANNY:

(Antes de entrar) ¡Ambrosio! ¡Ambrosio! (entra) Ambrosio . . . (se dá cuenta que no hay nadie) . . . (mira hacia la puerta de baño y va hasta ella. trata de abrir, no lo consigue: toca) Ambrosio . . . ¿estás ahí? Ha llegado otra carta . . . (No hay respuesta) ¿Ambrosio? (escucha un momento pegando el oído a la puerta con mucha atención contenida. Luego de un momento, desiste) Bah, es inútil. (Va hasta la cama mirando las cartas, se echa en ella boca abajo) Una carta desde El Cairo, otra desde Estambul . . . recibos . . . cuentas por pagar, y . . . ¿qué tenemos aquí? ¡Ambrosio! Una carta personal para ti . . . sin remitente. . . ¿la abriré? No. Sería una falta de educación. Bien. Te las dejaré sobre la cama, para que puedas leerlas cuando quieras.



FRUNO
SAL... AMERICA LATINA

Espera un momento atenta al baño, baja de la cama vuelve a hacer la manobra del principio: se le ocurre una idea, va hasta la puerta de la izquierda, la cierra de un golpe, espera. De nuevo, nada sucede. Anny se desespera.

ANNY:

Eres odioso, ¿oíste? No sabes jugar, ¡jamás caes en mis trampas! Pareces conocerme muy bien! (sale y cuando va a cerrar tras de sí la puerta, abre un poco para gritar, enojada:) ¡Y la próxima vez me cuidaré muy bien de quitarte la llave de la muñeca!

Anny sale dando un portazo. Con este, se apagan todas las luces. En oscuridad total surge la música que se escucha cuando oímos la voz masculina, al poco tiempo. Y mientras se hacen cambios en la escenografía, la oímos:

VOZ:

¿Es ésto la libertad? A mis pies los jardines decienden blandamente hacia la ciudad, y en cada jardín se levanta una casa. Veo el mar, pesado, inmóvil; veo la ciudad, a los hombrecitos que por ella pululan. Hace buen tiempo.

En ese momento entran al escenario dos o tres asistentes vestidos de negro (ocultan la cara también con una capucha de ese color para invisibilizarlos más aún). En cada mano llevan varas negras, flexibles. En la punta de cada una hay un diminuto punto de luz (una bengala o un pequeño foco). Recorren el escenario agitando las varas, de tal manera que parece que se trata de luciérnagas. Continúa la voz:

VOZ:

(Sigue luego de una pequeña pausa) Y sin embargo, qué lejos de ellos me siento, desde lo alto de esta colina. Me parece que pertenecen a otra especie. Salen de las oficinas, después de la jornada de trabajo, miran las casas y las plazoletas con aire satisfecho. Piensan que es su ciudad, una hermosa ciudad burguesa.

La música se ha transformado: es ahora monótona, aguda, electrizante. También el movimiento de las luciérnagas, aislado y lento al principio, va en aumento, más y más luces se integran a la danza, que va en aumento en intensidad. Este aumento es muy gradual, para que el contenido del texto no se pierda.

VOZ:

(Continúa luego de una pausa) No tiene miedo, se sienten en su casa. Nunca han visto otra cosa que el agua domeñada que sale por los grifos, la luz que surge de las bombitas cuando se hace presión en el interruptor, los árboles mestizos, bastardos, sostenidos con horquetas. Cien veces por día tienen la prueba de que todo se hace mecánicamente, que el mundo obedece a leyes fijas e inmutables. Los cuerpos abandonados en el vacío caen todos a la misma velocidad, el jardín público se cierra todos los días a las dieciséis en invierno, a las dieciocho en verano, el plomo se funde a 335 grados, el último tranvía sale del Ayuntamiento a las veintitres y cinco.

Utilizando pequeñas lámparas de baterías del tamaño de un lapicero y otros tipos de luces, se ha incrementado al máximo la fantasmagoría en la escena.

VOZ:

Son apacibles, un poco taciturnos; piensan en mañana, es decir, simplemente, en un nuevo hoy: las ciudades sólo disponen de una sola jornada que se repite, muy parecida, todas las mañanas. Apenas la adornan un poco los domingos. (Pausa) Entre tanto, la Gran Naturaleza Vaga se ha deslizado en la ciudad, se ha infiltrado en todas partes, en sus casas, en sus oficinas, en ellos mismos. No se mueve permanece tranquila, como si estuviera dormida, y los hombres están bien metidos dentro, la respiran y no la ven, se imaginan que está fuera, a 20 leguas de la ciudad. (Pausa) Yo veo esa naturaleza, yo la veo . . . sé que su sumisión es solamente pereza, se que no tiene leyes: lo que ellos toman por constancia es sólo una gastada costumbre . . . (Pausa) la naturaleza sólo tiene hábitos, y puede cambiarlos mañana.

Ha llegado el clímax de la fantasmagoría. De pronto, rápidamente se mezcla a la música el sonido ya utilizado de pisadas agudas y reverberantes. Como si huyeran, las luces van desapareciendo, hasta quedar otra vez el silencio y el oscuro totales.

Las pisadas se acercan. Cuando se escucha resonando la última, una luz muy blanquecina, ilumina como una bruma el dibujo de la pared del fondo (donde continúan marcadas las pisadas). Al terminar la reverberación de la última pisada, se enciende la luz general. Esta vez es amarilla, cálida. Notamos cambios en la escenografía: la cama está tendida, las cajas apiladas ordenadamente en un rincón.

Al mismo tiempo que se enciende la luz general, escuchamos a Ambrosio silbar desde dentro del baño (la puerta esta abierta). Parece muy contento. Comienza a cantar alegremente. Al poco tiempo, entra. Se ha rasurado (la cara se le ve limpia, lavada) y se seca con una toalla. Viste camisa y pantalón. Sobre la cama está el saco que hace juego con este último: Un traje deslavado que le queda grande. Sus zapatos están lustrosos, sus calcetines estirados. Se mira en un pequeño espejo de mano, con expresión satisfecha. En esta actitud, se sienta en la cama.

Mirándose, se queda serio, se toca la cara con detenimiento. Recuerda algo. Deja el espejo en la cama, y busca debajo del colchón. Saca un cuaderno empastado en café, lo hojea. Las hojas están llenas de una amplia caligrafía. Ambrosio llega a una página marcada, y lee en silencio primero, y luego en voz alta:

AMBROSIO:

. . . entre tanto, la Gran Naturaleza Vaga se ha deslizado en la ciudad, se ha infiltrado en todas partes . . .

Hojea. Termina por cerrar el cuaderno y ponerlo en su lugar, bajo el colchón. Ensimismado, se pone el saco, toma el espejo y sale por la puerta del baño (no cierra).

Tocan a la puerta

ANNY:

(Desde afuera) ¡Ambrosio! ¿Ya estás listo? ¡No me digas que aún estás durmiendo!

Ambrosio entra desde el baño, a toda velocidad, terminando de ajustar la corbata, sonriendo. Levanta las mantas de la cama y se mete en ella con todo y zapatos. Se tapa hasta la cabeza y sólo saca los ojos. Mira, travieso, hacia la puerta de la izquierda, aguantando la risa.

Entra Anny, Ambrosio cierra los ojos rápidamente. Anny se acerca amenazante. (Viste como al principio de la obra.)

ANNY:

¿Ah! Nuestro amigo Ambrosio sigue durmiendo. Hace una hora le advertí que si no estaba listo, yo misma lo arrancarí de la cama.

Ambrosio sigue fingiéndose dormido. Anny rodea la cama y se recarga en la cabecera, parada atrás del lecho, seria.

ANNY:

(Lo cree dormido) Tienes miedo. ¿verdad? Has querido salir a pasear por años, y ahora que se va a hacer realidad, te rehúas quedándote en la cama. Ya no tienes confianza. . . he sido cruel contigo. (INCLINA LA CABEZA) Pero ya no quiero ser cruel, Ambrosio, ya no hay tiempo para eso. ¿no lo entiendes?

Ambrosio se mueve en la cama fingiendo despertar.

ANNY:

Ambrosio, levántate.

AMBROSIO:

(Bosteza) Me levantaré más tarde.

ANNY

Levántate en este instante. Vamos a ir de paseo.

(Busca con la mirada) ¿Dónde está el traje de papá?

Va hacia el baño y sale por la puerta. Ambrosio se levanta silenciosamente y va hasta la puerta de puntas.

ANNY:

(Dentro del baño) ¿Qué hiciste con el traje, Ambrosio?

(sale) Si no . . .

Anny se topa con Ambrosio, que salta a su paso, asustándola. La muchacha lanza un gran grito de sorpresa, y Ambrosio ríe, y da vueltas para que Anny lo mire. Esta permanece boquiabierta. Ambrosio exagera sus movimientos satisfechos y sonrío. Anny, con los ojos brillantes, se abalanza sobre su hermano y lo besa en la mejilla. Juguetean y brincan alegremente.

ANNY:

(Muy conmovida) Ambrosio . . . ¡hasta te rasuraste! (le toca la cara con sus mejillas) Humm . . . ni me molesta siquiera.

Anny lo mira tratando de sonreír y de evitar las lágrimas. Lo observa como si fuera la primera vez emocionada, lo atrae hacia sí y lo abraza, dando la cara al público, siguen así un momento. Anny cierra los ojos, pero de pronto los abre y se queda seria, como si le hubiera llegado un pensamiento sombrío. Pregunta a su hermano, tratando de aparentar un comentario casual.

ANNY:

¿Dónde conseguiste la navaja para afeitarte?

AMBROSIO:

(Sonriente) En las cajas. Estaba la navaja de papá, y su brocha, y otras cosas. ¿Te sorprendí?

Anny se separa y le sonríe.

ANNY:

¿Que si me sorprendiste? ¡Casi me matas del susto! (Lo mira) Tienes el pelo todo revuelto. (Lanza una mirada hacia el baño, mira a Ambrosio y se separa) Voy a peinarte. (Va al baño, desaparece un instante, y regresa con el peine en la mano; la otra mano está en la bolsa de su delantal: ha recogido la navaja) Ven acá.

Anny lleva a Ambrosio hasta la cama, hace que se siente y comienza a peinarlo, lentamente.

ANNY:

(Ríe) Cuando entré y no ví el traje de papá, creí que le habías hecho algo. Todos esos años que quisiste ponértelo, ¿te acuerdas? Ya no te queda tan grande.

Ambrosio sonríe y se deja hacer. Anny lo peina muy lentamente, mirando seria. sus manos tiemblan. Acarica el cabello tocándolo apenas con la punta de los dedos. Ambrosio se ha quedado pensativo, pero no sombrío.

AMBROSIO:

¿Sabes? Soñé que paseaba contigo por la playa; tú ibas delante de mí, desnuda, y dejabas que el agua te embistiera para huir corriendo en la arena. (Pausa) ¡Qué sueño tan extraño!

Anny ha vuelto a convertir sus movimientos de caricia a mecánica del peinado. Habla, cortante.

ANNY:

Yo nunca sueño. Toda la noche la paso dormida.

Ambrosio sube una mano y toma la de Anny. La hace pararse frente a él. Habla tranquilo, añorante.

AMBROSIO:

¿Te acuerdas cuando nos bañábamos juntos, de niños? Antes de que mamá se fuera. (Anny baja la mirada, se separa y aleja unos pasos) Tu cuerpo ha cambiado, pero tu cara no.

ANNY:

(Se vuelve a mirar a Ambrosio) también tú has cambiado. Sobre todo ahora se nota. (Sonríe) Me acuerdo cómo me burlaba de tí cuando te empezaron a brotar pelitos encima de la boca. La verdad es que me aterraba. (Camina)

AMBROSIO:

¿Por qué ya no quisiste bañarte conmigo?

ANNY:

(Sonríe tibiamente con turbación creciente) Las gentes . . . cambian, hermanito.

AMBROSIO:

Las gentes. Pero nosotros somos hermanos, ¿no? (La mira con ternura) Anoche te soñé desnuda, pero tenías el cuerpo de niña. (Inocente) Déjame mirarte, para que te pueda soñar tal y como eres ahora.

Anny se detiene de golpe, como electrizada.

ANNY:

Mamá . . . me advirtió claramente. Esas cosas no se hacen.

AMBROSIO:

¿Por qué no?

ANNY:

(Presa de gran turbación) No lo sé con claridad, pero no está . . . bien.

Ambrosio sonrío, tierno. Se levanta y va hasta ella. La hace volverse hacia él. Anny queda casi de espaldas al público. Ambrosio quita la horquilla que sujeta el cabello de su hermana, y se lo acomoda con lentitud.

AMBROSIO:

Así. En mi sueño tenías el cabello suelto.

La mira, tomándola por los hombros, sin dejar de mirarla a los ojos, comienza a desabrocharle la blusa, con lentitud. Anny lo mira también a los ojos. Como un trance.

AMBROSIO:

(Sonriendo tiernamente) Pediremos al Señor el día enteramente perfecto, santo, pacífico y sin pecado.

ANNY:

(Mecánicamente) Dánoslo, Señor.

Ambrosio abre la blusa de Anny, se la quita con lentitud y la deja caer. Anny usa un corpiño blanco. Ambrosio desata las cintas y lo abre. Baja la mirada y mira el pecho desnudo de Anny. La sonrisa se le borra. Le brillan los ojos intensamente. El momento se prolonga, intenso. Anny lleva las manos con lentitud hasta su corpiño, y lo cierra. Baja la mirada y recoge su blusa. Se aleja unos pasos y se viste, de espaldas a su hermano. Ambrosio se ha quedado clavado en su sitio, con la mano aún extendida hacia el frente y mirando al vacío. Pausa larga. El muchacho se toca la cara, y el pecho.

AMBROSIO:

Qué extraño es esto, Anny. Mi corazón palpita con fuerza; mis manos tiemblan . . . ¿me estoy poniendo mal otra vez?

Anny regresa a su lado, le toma las manos.

ANNY:

No, querido mío, no. Mira . . . (Toma la mano de Ambrosio y se la coloca en el pecho) Mi corazón también late, y mis manos tiemblan como las tuyas. . .

AMBROSIO:

¿Por qué, Anny? ¿Qué nos pasa?

Anny lo mira, sin encontrar respuesta. La mano de Ambrosio continúa sobre su pecho. El muchacho comienza a acariciarla muy lentamente. Anny cierra los ojos y se deja hacer. Ambrosio va recorriendo su delicadeza y al mismo tiempo con cierta tensión creciente el cuerpo de Anny. Cuando su mano busca el vientre de la muchacha, toca el delantal y siente la navaja que Anny había guardado en la bolsa. Ambrosio mete la mano a esta, Toma la navaja y la mira.

AMBROSIO:

(Serio) ¿Por qué tomaste la navaja?

Anny abre los ojos y lo mira, conmovida por el cambio repentino y el haber sido descubierta.

AMBROSIO:

¿Tuviste miedo de que la usara para . . . ?

Anny le tapa la boca, asustada. Luego se aleja unos pasos.

AMBROSIO:

(Sonríe) No creas que no lo he pensado. Un poco de dolor, y luego una paz intensa, mientras viene el sueño apacible . . .

ANNY:

¡Cállate!

AMBROSIO:

¿Por qué no? Sería el primer acto de mi vida que tendría sentido . . .

ANNY:

¿Quieres callarte?

AMBROSIO:

Pero no lo pensé hoy, curioso, cuando encontré la navaja y decidí rasurarme por primera vez. (Sonríe) Era una sensación extraña, exaltante, enjabonarse pasar el filo . . . una sensación de limpieza, de pérdida de peso . . . (La mira) Sólo pensaba en verme bien, para que no te avergonzaras de mí cuando saliéramos de paseo. . .



ARVINO
SOS - AMERICA LATINA



ARVINO
SOS - AMERICA LATINA

Anny va hasta Ambrosio, toma suavemente la navaja de su mano.

ANNY:

La dejaré donde estaba, en la repisa sobre la tina. No volveremos a hablar de ella. Tú la usarás para rasurarte cuando quieras y no te la quitaré. Además, quiero que te rasures con frecuencia. Te ves tan bien así.

Anny se dirige al baño y sale por la puerta abierta.

ANNY:

No puedes culparme por querer quitártela. Hasta hoy en la mañana no te conocía bien. Todo va a cambiar ahora. Todo.

Anny regresa al cuarto, Ambrosio se ha quedado pensativo.

AMBROSIO:

Acabo de recordar otro sueño extraño que tengo muy seguido. Estoy sólo, es de noche. Camino por el bosque sin rumbo fijo. Está muy oscuro, pero yo no tengo miedo. De pronto, miles de luciérnagas saltan frente a mí. Yo me quedo mirándolas, maravillado. (Mira a Anny, que se ha sentado en la cama) ¿Crees que la muerte sea así? las pequeñas lucecitas se van apagando . . . una a una . . .

ANNY:

(Se estremece involuntariamente) No . . . creo que la vida es así . . . una agitación de lucecitas en la oscuridad . . . y si se mantienen unidas, no se apagan. (Mira a Ambrosio, se levanta y lo enfrenta). Hace años hicimos un pacto, ¿recuerdas? Estar siempre juntos, compartirlo todo . . .

AMBROSIO :

. . . incluso la muerte.

ANNY:

Hemos compartido muchas cosas, la soledad, el dolor, el miedo . . . la crueldad . . . es tiempo de que comencemos a compartir cosas que sean nuestras, no que nos hayan llegado de afuera.

AMBROSIO:

Hoy me siento diferente. Muchas veces viniste con el traje de papá y me dijiste que me lo pusiera, que saldríamos de paseo. Pero hoy yo sabía que no era una trampa, como siempre que no era mentira. Por eso me vestí . . . para tí. (Le acaricia la mejilla). Es extraño. Hoy no me siento encerrado, ni enfermo, es como si te viera por primera vez . . .

ANNY:

. . . o como si hubiéramos tenido ante los ojos algo, siempre, pero sólo ahora lo miramos . . . (Toca su mano) Aún es tiempo de nuestro paseo. (Sonríe) ¿A dónde quieres ir?

AMBROSIO:

A la catedral.

ANNY:

¿Qué catedral?

AMBROSIO:

No debe estar lejos. A veces escucho las campanas. Desde niño. Me pasaba horas enteras amarrado a la cama, imaginando cómo sería. Le contaba a mamá una escena, y otra . . .

La mira sonrfe cambia. Asume un personaje fársico, con voz ajada.

AMBROSIO:

Señor sacristán, ¿cuándo podré celebrar? ya tengo permiso del señor obispo.

ANNY:

Pues no lo sé, no lo sé . . . ahora está bautizando el señor párroco, y los canónigos han acabado ya sus horas, ¿Por qué quiere celebrar tan pronto?

AMBROSIO:

Es que hay una tierna pareja que me ha pedido que los case. ¡Son tan jóvenes!

ANNY:

¿Han cumplido con todos los requisitos?

AMBROSIO:

Con todos y cada uno, señor sacristán. Han llenado la catedral de flores, y esperan que los llame.

ANNY:

Muy bien, aquí tiene la alba y la casulla.

Anny finge vestirlo para la ceremonia.

ANNY:

¿Ha examinado sus espíritus?

AMBROSIO:

Parece que tienen uno sólo, señor sacristán. Uno sólo limpio y puro como una mariposa recién nacida. ¿Quiere usted acompañarme? Es mi primera misa.

ANNY:

Con mucho gusto, venga, venga. Le enseñaré todo.

Caminan ceremoniosamente. Ambrosio se detiene ante la cama, la examina con interés y toma en vilo la almohada.

AMBROSIO:

¿Qué imagen es ésta?

ANNY:

San Juan Crisóstomo. Muy venerado. ¿Leyó usted la inscripción? (Fingen leer el pie de la imagen) "Alabad al Señor al son de la trompeta; alabadlo en coro y con el órgano".

Ambos se santiguan, Anny mira a lo lejos.

ANNY:

Tome usted su lugar. Los novios llegan. ¡Pero qué jóvenes son!

AMBROSIO:

Vea qué hermosa pareja. El amor los ha hecho tan parecidos . . .
. . . diríase que son hermanos . . .

Se miran fijamente, y casi abandonan el tono farsico. Luego, Anny, feliz, lo retoma.

ANNY:

Pues vaya, vaya usted y case a esa pareja extraordinaria. El señor bendice la pureza. Cáselos y festéjelos, que no verá usted muchas parejas como ellos. Y no olvide echarle agua al vino. Hoy es día de Santa Ceferina, y ella era abstemia.

Las últimas palabras son vencida por la carcajada de Anny. Ambrosio cae revolcándose de risa y se lleva en su caída a su hermana. Cuando quieren detenerse y decirse algo, estalla la risa nuevamente y vuelven a revolcarse. Después de un momento, se van calmando. Quedan sentados en el suelo como dos muñecos apoyados el gradualmente, cambia la luz: se va apagando la iluminación general y queda una luz sobre ellos, difusa, azul, sin contorno marcado, comienza una música lenta, extraña (stockhausen).

AMBROSIO:

Anny . . . ¿cuando vamos a dejar de fingir?

ANNY:

(Ensimismada) Cuando las peras del olmo caigan maduras, cuando el cielo pueda pisarse, cuando llueva sólo dentro de las sombrillas. (PAUSA) Cuando vuelva nuestra madre del extranjero y nos traiga los regalos que prometió.

AMBROSIO:

¿Volverá? ¿Volverá algún día, Anny?

Comienzan a actuar extrañamente: uno repite exactamente los movimientos del otro, como si fueran un sólo organismo con dos manifestaciones separadas. Cada gesto es idéntico en ambos, perfectamente sincronizados.

ANNY:

(Lo mira) Nos lo prometió, ¿no? Cuando se iba, me llamó y me dijo: "Cuida a tu hermano, sabes que no está nada bien. La casa es grande, pero no les faltará nada. Cuando regrese, traeré un líquido azul que le sacaré a tu hermano la fiebre de la locura."

AMBROSIO:

Se fue para siempre, ¿verdad?

ANNY:

Prometió que volvería, y ella cumple sus promesas. Le prometió a papá que se encargaría de nosotros, ¿no? Y lo hizo.

AMBROSIO:

¿Por qué mientes,, Anny?

ANNY:

No son mentiras. Mamá dejó todo arreglado. La casa es nuestra. Del pueblo nos traen las provisiones. No hemos tenido problemas, ¿o sí? Además, escribe todo el tiempo desde donde esta.

Ambrosio gira en su lugar, enfrentandola. Lo mismo hace Anny.

AMBROSIO:

¿Las cartas? ¿Crees que soy idiota? ¿Crees que no reconozco tu escritura en las cartas de mamá? Hace años que no viene el correo. (Piensa algo) Como esa carta sin remitente que venía dirigida a mí. (Cita de memoria) “Te escribo solamente a tí por que necesito que me comprendas . . .” “me preocupo mucho por ustedes y pronto volveré . . .”.

Anny llora en silencio. Se cubre la cara con las manos. Este gesto no lo repite Ambrosio. Termina la duplicidad de gestos:

AMBROSIO:

¿Hace cuánto que no sales de la casa, Anny? ¿Cuánto nos falta para terminar con las conservas y latas podridas de la bodega?

ANNY:

No quise que te angustiaras.

AMBROSIO:

Por eso dijiste que ya no había tiempo, ¿verdad? Cuando creíste que estaba dormido.

ANNY:

Es verdad. Ya no hay tiempo para lo que no sea nuestro.

Ambrosio la atrae hacia sí y la abraza. Anny sigue llorando.

AMBROSIO:

De niño jugaba ya solo, en la cama. Me decía: tengo un tiempo libre, nada me duele en este momento. Mamá acaba de darme la medicina y estaré solo un buen rato. Como estoy tranquilo, me voy a enamorar de Anny durante media hora. Pero sólo durante media hora. (La mira) Y me enamoraba, loca, perdidamente de ti por media hora.

Anny levanta la cabeza y lo mira, llorosa, sonriendo levemente.

AMBROSIO:

Todo esto lo has hecho por mí, para que no me angustiara . . . soy una carga demasiado pesada para ti. Déjame y vete. Afuera, al mundo. Tu puedes vivir, ser libre, Casarte, tener hijos.

ANNY:

No quiero nada sin ti.

SE MIRAN

AMBROSIO:

Me voy a enamorar de ti durante diez segundos.

La atrae hacia sí y la besa en los labios mientras cuenta hasta diez con los dedos. Se separan. Se miran, sonríen.

AMBROSIO:

Tú me vas a curar. Saldremos a la calle, nos ganaremos la vida.

ANNY:

Allá afuera todos se devoran entre sí. ¿Te acuerdas cuando aún íbamos a la escuela? Sólo queríamos estar juntos, y todos nos hacían burla, hasta que un día se reunieron los muchachos y te dieron una paliza que por poco te mata.

AMBROSIO:

Eso fue antes. Todo ha cambiado. Tu lo dijiste.

ANNY:

(Sonríe) ¿Te acuerdas de las historias que mamá nos contaba para mostrarnos el mundo?

Ambrosio ríe, se miran. Anny se levanta. La luz general se enciende gradualmente. Va terminando la música Anny actúa otro personaje sentencioso:

ANNY:

“Tres cosas necesitan los niños: genio, lujuria y pereza.” (Se ríen, traviosos) “Y cada niño siempre debe llevarlos . . . ”

AMBOS:

“ . . . de lo par-ti-cu-lar a lo u-ni-ver-sal.”

Ríen. Ambrosio se levanta y actúa también.

AMBROSIO:

“Un niño educado así se convertirá en un poeta no inspirado.”

ANNY:

“Un poeta inspirado ya no es un hombre, y no habla como los hombres, así que no hay que hacerle demasiado caso.”

AMBROSIO:

“En cambio, los poetas no inspirados son seres realistas, geógrafos que hay que seguir al pie de la letra”.

ANNY:

“Nos explican los principios de las cosas antinaturales y las propiedades de los sueños. Tratan de la naturaleza de lo casual, místico y e-ró-ti-co.”

AMBROSIO:

“Nos enseñan la causa de todos los misterios.”

ANNY:

No tienen el vicio de explicar, pero nos describen la lluvia, el relámpago, el granizo y el arcoiris. Nos dicen la verdad”.

AMBROSIO:

“Por ejemplo, que el sol gira alrededor de la tierra y tiene el tamaño de la cabeza de un hombre, y que su luz es la que logra reflejar de la luna, y que en los eclipses muestra el co-i-to con la an-ti-ma-te-ria.”

ANNY:

No te entendí. Haz más claras tus preguntas si quieres una respuesta.

AMBROSIO:

Sí, mamá. Es que es más fácil responder que preguntar.

ANNY:

Eso crees, ¿eh? Pues escucha esta historia. Había una vez una manada de grandes cerdos que pastaba en el monte.

AMBROSIO:

Salió el sembrador a sembrar. Y al tiempo de hacerlo, parte de la semilla cayó al camino y vinieron los cerdos y se la comieron.

ANNY:

Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde no tenía mucha tierra profunda, y enseguida brotó, pero en cuanto salió el sol, se quemó el débil tallo y por no tener raíces, se secó.

Ambos han ido acelerando su juego. Mientras hablan, se dedican a sacar de las cajas de cartón todas las que contienen en tamaño decreciente. Poco a poco llenar el lugar.

AMBROSIO:

Otros granos cayeron entre espinas, y crecieron las espinas y los ahogaron.

ANNY:

Los demás cayeron en tierra buena y dieron fruto.

AMBROSIO:

Los cerdos crecieron sanos y robustos. Su lodo se tornó sagrado.

ANNY:

(Sentenciosa, como diciendo la moraleja) “Id a mí viña y os daré lo que fuera justo”.

AMBROSIO:

(Aprovechando el pie) Un padre de familia plantó una viña y le puso una cerca para protegerla.

ANNY:

(Actuando) Hace ya tres años que vienes a buscar fruto en esta viña y no lo encuentras. ¡Mejor córtala!

AMBROSIO:

(Serio, examinando la “Viña”) ¿Por qué todas las viñas han de comportarse necesariamente igual? Cortarla serían un error terrible: si no dio fruto hoy, puede darlo mañana. Cada planta crece a su manera.

ANNY:

Un pescador que había echado sus redes al mar, sacó una anchoa.

Ambrosio se quita el saco y lo echa en una caja.

ANNY:

Y la anchoa le suplicaba que no la cogiese, que tenía una importante misión entre las anchoas, una misión de redención.

Anny se quita el delantal y lo echa en una caja.

AMBROSIO:

Le decía que era pequeña, que no le darían buen precio por ella.

Ambrosio deja los zapatos. Calcetines y corbata en sendas cajas.

ANNY:

El pescador no la soltaba, y dudaba. Pero de pronto, lanzó un alarido y la dejó ir.

Anny deja zapatos y saco en las cajas.

AMBROSIO:

El pescador gritó. La anchoa se había convertido en una lengua de fuego y le quemaba la carne.

Ambrosio mete sus pantalones y camisa en otras cajas. Usa unos calzones largos, antiguos. Anny deja la falda queda en corpiño y braga. En sus ires y venires han terminado sentados en la cama. El único lugar despejado. Se quedan callados, respirando agitadamente. Anny mira a Ambrosio, que se nota muy cansado.

ANNY:

Fue una boda preciosa. (Lo mira) ¿Crees poderte enamorar de mí más de diez segundos o media hora?

Ambrosio la mira. Lentamente, disminuye la luz general y queda solamente una penumbra amarilla sobre la cama, una luz muy difusa, dorada.

AMBROSIO:

No será difícil.

ANNY:

Yo creía que "felicidad" era una palabra de adultos, tan hueca como las demás. A lo mejor lo es, porque cuando estaba contigo yo sentía algo menos complicado: alegría. Es lo que siento ahora, casi no ha cambiado. Pero es más nítida, más ligera. ¿Me entiendes?

AMBROSIO:

Sí. Es como cuando tenía ocho o nueve años y me decía que me iba a enamorar de tí durante un rato. ¿Qué podía yo saber del amor entonces? Aún ahora no sé nada. Pero, como tú, siento algo más sencillo, más claro. No sé que palabra le corresponda, pero en todo caso es algo menos adulto, menos pesado que "felicidad" o que "amor".

ANNY:

Así me siento, liviana, sin el peso que cargué todos estos años. A lo mejor, sin saberlo, te amarraba a la cama para que no salieras volando cuando llegara este día, el día del principio del despertar de la bella durmiente.

Ambrosio se queda serio, mirándola. (En efecto, en Anny se nota una soltura que antes no tenía, una indolencia natural y delicada.)

AMBROSIO:

¿Por qué dijiste eso?

ANNY:

¿Lo de la bella durmiente? Es difícil de explicar. Es un juego mío. A papá le gustaba mucho ese cuento. Nos lo contó muchas veces. Yo tenía desde niña una sensación parecida a la del cuento, que las cosas estaban dormidas y que un día iban a despertar. No nada más yo, o tú, todo lo que nos rodea. Para mí los cuentos eran relatos del mundo antes de que se durmiera. Se lo dije a papá. Me acuerdo que ese día me abrazó muy fuerte, y me miró como nunca me había mirado, con una gran tristeza, y al mismo tiempo una enorme alegría.

Ambrosio la mira. Piensa algo. sin bajarse de la cama, mete la mano bajo el colchón y saca el cuaderno que antes había hojeado y leído en voz alta.

ANNY:

El cuaderno de papá. ¿Dónde lo encontraste?

AMBROSIO:

Entre sus cosas, en las cajas. Aquí hacía anotaciones, escribía poemas, copiaba párrafos de libros que le gustaban. (Hojea en busca de algo) Lo que decías me recordó algo . . . (En-

cuentra la página) Es un párrafo que copió en un libro: "Entre tanto, la Gran Naturaleza Vaga se ha deslizado en la ciudad, se ha infiltrado en todas partes, en sus casas, en sus oficinas, en ellos mismos. No se mueve, permanece tranquila, como si estuviera dormida, y los hombres están bien metidos dentro, la respiran y no la ven, se imaginan que está afuera, a 20 leguas de la ciudad. Yo veo esa naturaleza, yo la veo . . . sé que su sumisión es solamente pereza, sé que no tiene leyes: lo que ellos toman por constancia es sólo una gastada costumbre . . . la naturaleza sólo tiene hábitos y puede cambiarlos mañana."

Se miran. Anny toma el libro y lo examina. Lee:

ANNY:

"¿Y si sucediera algo? ¿Si de golpe la naturaleza se pusiera a palpar? Entonces comprenderían que está aquí y les parecería que el corazón iba a estallarles. ¿Entonces de qué les servirían sus diques y sus murallas, y sus centrales eléctricas, sus altos hornos, sus prensas hidráulicas? Puede suceder en cualquier momento, quizá enseguida".

Anny mira a Ambrosio. Luego pasa la página y lee en silencio. Encuentra algo y lo lee en voz alta.

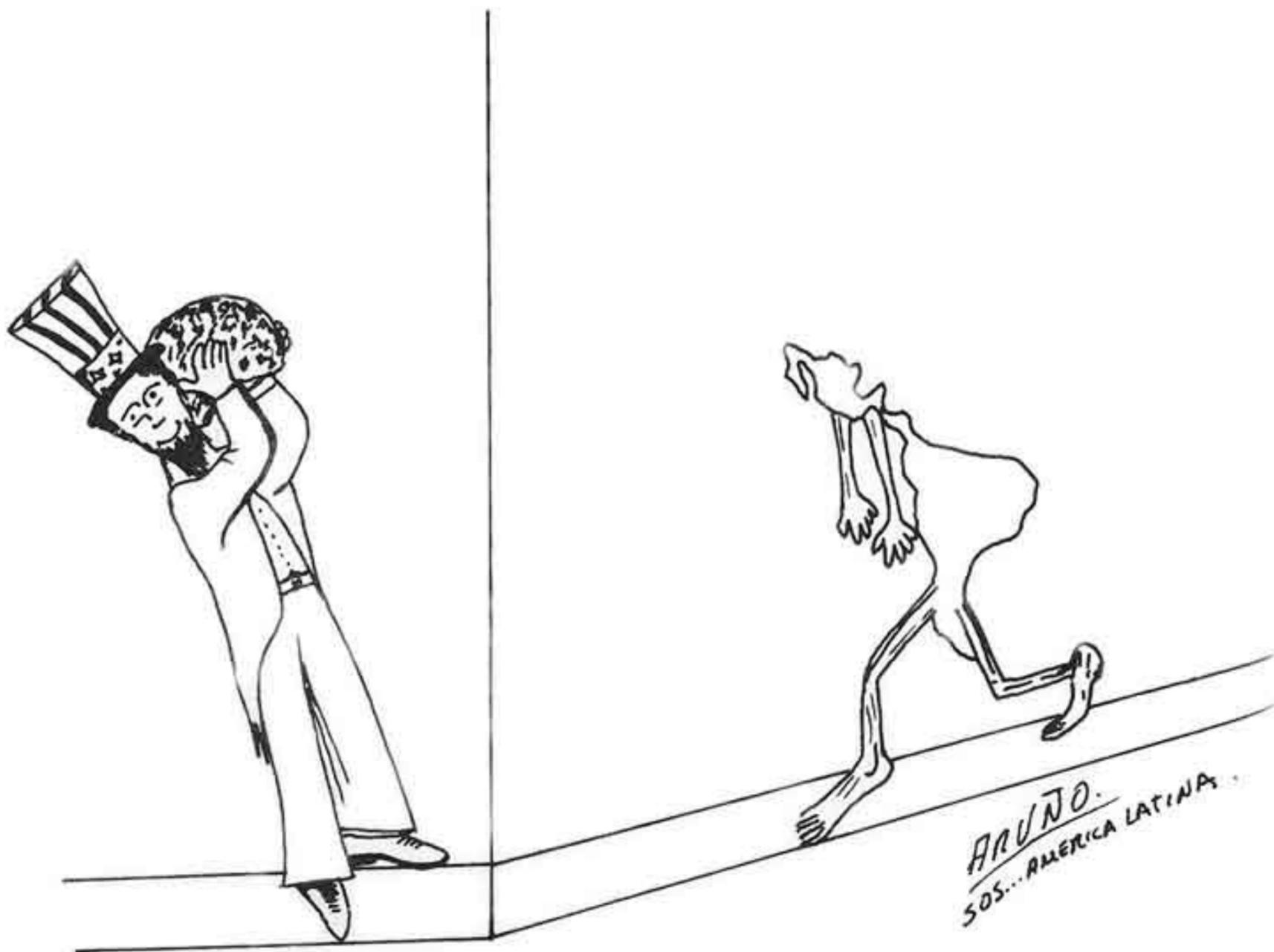
ANNY:

"23 de diciembre. Cumpleaños de Anny. A petición suya le conté el cuento de la Bella Durmiente. Al final dijo que ella espera a que se despierte, por que la realidad es la bella durmiente. Dice que cada noche se duerme esperando ver en la mañana los milagros del despertar. Brotarán conejos por las paredes, dice, y los árboles se pararán de cabeza y podremos hablar con los pájaros, y volar, y tocar el cielo con los pies, y lloverá solamente dentro de las sombrillas, y las peras maduras caerán de los olmos."

Anny cierra el cuaderno. Ambrosio la atrae hacia sí y la abraza.

ANNY:

Es cierto. El día que mi cuerpo comenzó a cambiar, creí que el mundo estaba despertando. "¿Por qué tardó tanto?", me decía, "¿cómo es que sólo hasta ahora se cansó de repetir lo mismo, las mismas cosas todos los días? Ahora van a empezar milagros por fin". Pero me quedé esperando los conejos y los duendes. Pasaron los días y yo esperaba, esperaba. Y llegó el día cuando a ti y a mi nos brotaron pelos en el vientre, y me miré en el espejo contentísima y creí que había llegado el día del principio del despertar de la bella durmiente. Pero nada más sucedía. "¿Es que despierta por momentos y se vuelve a dormir, como cuando tenemos pesadillas?"; me preguntaba. Y entonces un día la voz te cambió, y te alargaste y deformaste, y otro día desperté y descubrí sangre entre mis piernas. Me dije: "si ésto es posible, entonces todo es posible", y otra vez esperé más milagros.



Anny se separa un poco y mira a Ambrosio.

AMBROSIO:

Y el mundo no cambió, y tú y yo nos pusimos a repetir lo que nos enseñaron hasta que perdió significado.

ANNY:

Y nos volvimos tiesos, y ya no quise bañarme contigo porque mamá me explicó vagamente que sangrar cada tantos días era normal y me convertía en mujer .

AMBROSIO:

Pero ¿entonces por qué crees que ahora sí comienza la naturaleza a despertar?

ANNY:

No lo sé. Un presentimiento que nunca antes había tenido. (SONRIE) Claro que a lo mejor nada sucede y me quedo esperando. O a lo mejor es que los milagros están aquí, siempre han estado frente a mí y sólo notaba los más vistosos.

AMBROSIO:

O a lo mejor sólo se hace la dormida para ver si alguien se da cuenta y le da un beso.

ANNY:

O tal vez hay que ganarse su propio despertar.

AMBROSIO:

O los dormidos somos nosotros y la vamos a despertar con nuestras propias pesadillas.

ANNY:

Sí, tal vez sea eso. Cuando decías que saldremos al mundo a ganarnos la vida me pregunté si no en verdad estamos mejor aquí. Tal vez nadie nos enseñó a dormir, y producimos solamente pesadillas. O el mundo exterior es demasiado frío, y preferimos dormir. Y nuestras pesadillas van a despertar a la bella durmiente, y despertará enojada y decepcionada. (Pausa) La guerra está por estallar, ¿recuerdas el periódico que te leía? A lo mejor ya estalló.

AMBROSIO:

No lo entiendo. Podríamos producir pesadillas menos peligrosas, lo suficientemente espantosas para nosotros, pero sin exagerar. Es como si quisieramos despertarla, a pesar de que intuimos lo que eso significaría para los que no están preparados. Como un niño que le llama la atención a su mamá para que le pegue y lo vuelva a acostar .

ANNY:

Ahora entiendo por qué en el fondo esperar los milagros me daba cierto miedo.

AMBROSIO:

(La abraza de nuevo) La dulce y fuerte Anny. Está bien tener miedo. Nos vuelve cautelosos. (La obliga suavemente a mirarlo levantándole la barbilla) y a ti te hace más bonita.

ANNY:

(Sonríe) Te ves bien sin barba. Tardó años en crecerte, así que tardarás años en volverte a rasurar.

Anny lo abraza. Ambrosio mira hacia el baño.

AMBRASIO:

Y la navaja esparará todos esos años en la repisa sobre la tina, como tú, a que llegue el próximo milagro. (Pausa) Merecías una mejor suerte que yo.

ANNY:

(Lo mira) 'Suerte' es el nombre que le ponemos a la parte que no entendemos de nuestros deseos. (Pausa) Bésame. (Sonríe) Sin límite de tiempo.

Ambrosio besa sus labios. Cuando se separan, parece más cansado que antes. Cierra un momento los ojos y se toca la frente sin que Anny lo mire. Acaricia el cabello de su hermana.

AMBROSIO:

Tu pelo está cayendo. ¿Te arrancas los cabellos?

ANNY:

((Sonríe) Lo que pasa es que me da mucho miedo salir en las mañanas por agua. El miedo hace que se me ericen los cabellos, y los cuervos, enceguecidos por el sol, me picotean la cabeza.

AMBROSIO:

Tienes que usar un espantapájaros sobre la cabeza. Yo te hare uno.

Ambrosio baja de la cama y busca entre las cajas que saturan el espacio escénico. Con su movimiento, regresa la luz general durante el tiempo que dura la búsqueda, y se mantiene la luz dorada sobre la cama. El muchacho encuentra una en proscenio y llama a Anny.

AMBROSIO:

Ven.

Anny se acerca. Ambrosio le prueba algunas cajas colocandose las sobre la cabeza, hasta que encuentra una del tamaño adecuado. Ambrosio se nota muy débil.

AMBROSIO:

¡Así! Ya no te volverán a molestar los pájaros.

La toma de la s manos. Se arrodillan y sientan en proscenio. Con este movimiento se apaga la luz dorada sobre la cama y lo mismo la luz general queda una luz difusa, azul, sobre ellos.

Anny habla con la cabeza dentro de la caja.

ANNY:

Pero si no me molesta. Duele un poco al principio, pero es fácil acostumbrarse. A todo se acostumbra uno.

AMBROSIO:

Hasta el sol se ha acostumbrado a salir todos los días. (Pausa) A partir de hoy te acompañaré. Yo también necesitare un espantapájaros.

Ambrosio busca otra caja y se la coloca. Se quedan inmóviles un momento. Luego, instintivamente se buscan con las manos. Se atraen, se abrazan las cajas que llevan en las cabezas impiden que se acomoden.

ANNY:

Está a punto de despertar, Ambrosio. ¿Lo sientes?

AMBROSIO:

No puedo mantener los ojos abiertos. Estoy tan cansado. . .

ANNY:

. . . está despertando . . . está despertando . . .

La luz ha ido disminuyendo lentamente mientras decían los últimos parlamentos. Se van aflojando, como quedándose dormidos. En el transcurso de hacerse el oscuro total, se escuchan las voces de dos niños. Música hipnótica, infantil.

VOZ DE NIÑO:

“Aquiles daba horribles gritos. Tetis, su madre venerada, lo oyó desde el fondo del mar. En torno a ella se reunieron cuatro nereidas, y se refugiaron en su pecho .”

VOZ DE NIÑA:

“Y mientras viva y vea la luz del sol, Tetis estará afligida sin que nadie pueda consolarla. Sus dos hijos se han perdido; están en un cuarto frío aún esperándola, y el polvo se acumula sobre sus cuerpos quietos, fuera de combate.”

NIÑO:

“Los juegos se han agotado y en la despensa se han podrido las papillas que ella dejó preparadas antes de su partida.”

NIÑA:

“Sus hijos se han perdido en su ausencia. Ya nadie sabe decir por dónde andan. Lo que sí parece es que están recordando más de la cuenta, y se han vuelto peligrosos.”

NIÑO:

“Ninguno de los dos sabe el camino de regreso. Solo les queda seguir adelante. Están solos y se abrazan y se besan. Están contentos y enamorados. Los elegidos van hacia el castillo de la bella durmiente. El fantasma negro que los sigue de cerca, les canta en el camino, para divertirlos.”

Oscuridad total. Continúa la música.

Vuelve el efecto de las luciérnagas. Primero es una lucecita que vuela, apenas perceptible en la oscuridad. Luego se van sumando más y más.

Se escucha ahora una voz femenina, grave pero tierna.

VOZ:

El mejor de los líquidos es la piedra. Pirámides y templos y ciudades enteras están hechos de sangre. El oro brilla desde la piel de los inocentes, cual fuego encendido en la noche. Si desean cantar los combates sagrados, queridos hijos míos, no busquen con la mirada otro astro más brillante que el que tienen encerrado en el pecho. En el éter solitario está escrito: no volveremos a cantar juntos hasta que ustedes no hayan aprendido a distinguir las pesadillas, por un lado, y por otro el viaje majestuoso de las grullas hacia el fruto del olivo.

La música va desapareciendo. Al momento, se escucha un nítido sonido de campanas lejanas. Poco después, escuchamos las voces de Ambrosio y de Anny. Susurrantes.

AMBROSIO:

Anny . . . Anny . . . ¿las ves?

ANNY:

Sí . . . sí las veo . . .

AMBROSIO:

¿Y las campanas? ¿Las escuchas?

AMBROSIO:

¿Ves lo que pasaría si se despertase?

ANNY:

Están hablando . . . ¿entiendes lo que dicen?

ANNY:

No estamos preparados . . . no todavía . . . sería el fin, el fin de la cordura . . . de lo sólido . . .

AMBROSIO:

Tiene que ser despertada por todos, de común acuerdo, cuando estemos listos, no ahora . . . ¿ves lo que hay que hacer para mantenerla dormida?

ANNY:

Veo cómo arrullarla . . .

Al poco tiempo surge la música que se identifica con la voz masculina que hemos oído antes. Poco a poco, y a medida que la voz avance, la música se irá dislocando más y más. También la fantasmagoría en la escena llegará a un clímax intenso, casi enloquecedor, acorde con el texto que oímos un poco después que la música ha aparecido:

VOZ:

¿Y si sucediera algo? ¿Si de golpe la naturaleza se pusiera a palpar? ¿Entonces comprenderían que está aquí y les parecería que el corazón iba a estallarles. Puede suceder en cualquier momento, quizá enseguida; estos son los presagios: por ejemplo, un padre de familia de paseo verá acercarse, por la calle, un guiñapo rojo como empujado por el viento. Y cuando el guiñapo esté muy cerca, verá que es un trozo de cerne podrida, manchada de polvo, que se arrastra reptando, un pedazo de carne torturada que rueda por las alcantarillas proyectando espasmódicos chorros de sangre. O una madre mirará la mejilla de su hijo y le preguntará “¿Qué tienes ahí? ¿Un grano?” Y verá que la carne se hincha, se resquebraja un poco, se entrea-bre, y en el fondo de la grieta aparecerá un tercer ojo, un ojo risueño. O sentirán suaves roces en todo el cuerpo, como las caricias que los juncos hacen a los nadadores en la ribera. Y sabrán que sus ropas se han convertido en cosas vivas. Y otro encontrará que algo le raspa la boca. Y se acercará al espejo, abrirá la boca: y su lengua se habrá convertido en un enorme ciempiés vivo, que agitará las patas y le arañará el paladar. Querrá escupirlo, pero el ciempiés será una parte de sí mismo y tendrá que arrancárselo con las manos. (pausa tensa) O no sucederá nada de todo esto, no se producirá ningún cambio apre-

ciable, pero una mañana, al abrir las celosías, las gentes quedarán sorprendidas porque las cosas están pesadamente cargadas de una especie de sentido horrible, como si estuvieran esperando. Nada más que esto: pero por poco que dure, habrá cientos de suicidios. Bueno ¡sí! ¡que esto cambie un poco, para ver, no pido otra cosa!

En este clímax vehemente, cesa de golpe la música y queda un eco muy fuerte, que se va apagando, vibrando con lentitud. Las luciérnagas se retiran con este eco, hasta desaparecer por completo dejando la escena en oscuro total. Cuando todavía resuena el eco, vuelven a escucharse las campanas lejanas y las voces susurrantes, temerosas, de Ambrosio y Anny:

ANNY:

La Bella Durmiente se removió incómoda en el lecho.

AMBROSIO:

Un beso nuestro la ha devuelto al sueño profundo.

ANNY:

Un día otro beso la despertará, y ese será el verdadero comienzo de la creación. Y no será horrible, Ambrosio, porque todo será nuevo, y entero . . .

AMBROSIO:

Hasta ese día, Anny.

ANNY:

Sí, Ambrosio, hasta ese día.

Vuelve a iluminarse muy lentamente el proscenio con la bruma azul que cubría a Ambrosio y a Anny antes del sueño. El escenario está exactamente igual: Las cajas diseminadas, Anny y Ambrosio con las cajas en las cabezas, separados, boca arriba, inmóviles.

Anny despierta. Se quita la caja de la cabeza, se frota los ojos y mira todo como buscando restos de lo que ha mirado. Ve a Ambrosio, se acerca a él. La luminosidad azul cubre todo el espacio escenio. Con ternura, Anny quita la caja que cubre la cabeza de Ambrosio y lo hace descansar en su regazo.

Ambrosio está muy pálido, con marcadas ojeras, muy débil, respira apenas. Anny le acaricia el cabello. Ambrosio abre los ojos con dificultad.

AMBROSIO:

(Casi inaudible) No tenemos mucho tiempo . . .

ANNY:

Claro que hay tiempo, hermanito (serena, con lágrimas nacientes) Claro que lo hay. Hay tiempo de ir a pasear. Todo estará como antes, te llevaré de la mano y te señalaré los lugares . . . la laguna, el bosque, la carretera que lleva a la gran ciudad.

Comienza una música infantil obsesiva y lenta.

ANNY:

Nadie nos mirará mal, tendremos amigos, buscaremos a mamá

AMBROSIO:

(Niega débilmente) . . . es curioso . . . de vez en cuando el amor le da una prórroga al mundo . . . (Pausa) . . . palabras viejas, pero es que aún no aprendimos el nuevo lenguaje . . . (Pausa) . . . con palabras viejas te lo digo: estoy tranquilo y tengo la eternidad a mi alrededor . . . he decidido enamorarme de tí por la eternidad . . . (Anny lo besa levemente).

Anny llora sin gesticular en absoluto: sonrío tibiamente y está serena, Ambrosio se anima apenas un poco, febril, como mirando algo a lo lejos. Luego cierra los ojos.

AMBROSIO:

Anny, un caballo blanco trajo la buena nueva, y yo debo seguirlo cuando regrese . . . me ofrece la grupa, Anny, está esperando . . . (Abre los ojos y mira a Anny) . . . eres hermosa.

ANNY:

(Serena) Soy la muerte.

AMBROSIO:

No sabía que fueras tan joven . . . tan mía . . . Bésame

Anny vuelve a besar a Ambrosio. Los ojos de este se cierran, y cuando Anny se incorpora, el muchacho queda inerte. Anny lo arrulla cantando muy bajo, esta tranquila, pero le corren las lágrimas por las mejillas.

ANNY:

Ya ves, vuelven los milagros . . . apenas te reponías de un viaje y ahora emprendes otro. ¿Crees que te dejaría ir solo? (Pausa) Estamos sucios y cansados . . . no podemos reemprender el viaje en estas condiciones . . . (Sonríe) Ven, vamos a bañarnos juntos, como antes . . .

Con delicadeza, Anny se incorpora y ya llevando a Ambrosio hacia la puerta de la derecha.

ANNY:

Llenaré la tina de agua caliente, y usaremos jabón de burbujas, como nos gustaba . . . debe estar en la repisa todavía . . . (Se pone seria) junto a la navaja . . . (Sonríe) Tú me tallarás la espalda y yo la tuya. (Pausa) A lo mejor todavía no se nos olvida como mirarnos desnudos, ¿eh, Ambrosio? (Pausa) A lo mejor todavía es tiempo . . . a lo mejor aún espera la calle para entrar aquí, la catedral para echar al vuelo las campanas, el puerto para ver regresar a mamá . . . (Pausa) a lo mejor, hermanito, a lo mejor todavía . . .

Anny desaparece con Ambrosio por la puerta de la derecha. La luz va disminuyendo gradualmente al tiempo que aparece la luz difusa que ilumina el dibujo de la pared del fondo. La música infantil se mezcla con la que acompaña a la voz masculina, y poco después escuchamos esta última:

VOZ:

Cae la noche; las primeras lámparas se encienden en la ciudad. ¡Dios mío! Qué natural parece la ciudad a pesar de sus geometrías, qué aplastada por la noche. ¡Qué es lo que la hace perdurar? Perseverar neciamente en su ser pesado e incoherente? (Pausa) Es tan . . . evidente, desde aquí; ¿es posible que yo sea el único en verlo? ¿No hay en ninguna parte otra Casandra, en la cima de una colina, mirando a sus pies una ciudad sumergida en el fondo de la naturaleza? (Pausa) Por lo demás, ¿qué me importa? ¿qué podría decirle?

Pausa. El efecto de las pisadas que se usó al principio simulando el acercamiento de un personaje invisible, es ahora puesto a funcionar al contrario: las pisadas se alejan, se van borrando de abajo hacia arriba, dejando el pasillo como estaba al principio. Para reforzar el efecto, se escucha una pisada aguda y resonante por cada huella que desaparece. La voz termina en este transcurso:

VOZ:

Muy despacito, mi cuerpo se vuelve hacia la ciudad oscila un poco, y echa a andar.

Las pisadas terminan. Se escucha una puerta de goznes enmohecidos que rechina al abrirse. Se reanudan unos pasos más. Se detienen. Se escucha el rechinado de la puerta al cerrarse. Con este último sonido que resuena, la luz del pasillo va disminuyendo hasta la oscuridad total. La música continua unos instantes, hasta terminar.

FIN DEL ACTO UNICO.

